

LA LÁMPARA DE DIÓGENES. EL HOMBRE DE ESTADO EN LAS OBRAS DE BALZAC Y GALDÓS

*Scheherezade Pinilla Cañadas*¹

Demasiado viejo. Así había nacido el régimen político alumbrado por el liberalismo. Viejo en 1819, cuando Balzac descubre que “la política actual opone las fuerzas humanas hasta neutralizarlas, en lugar de combinarlas para hacerlas actuar en pos de un objetivo cualquiera”.² Viejo en 1862, fecha en la que Galdós llega por vez primera al Madrid isabelino. Viejo, porque de su horizonte queda excluida la epopeya, género de los principios. Viejo, porque su espíritu apela a la transacción, a la flexibilidad; no a la energía y al entusiasmo. En Francia y en España, la Restauración borbónica es sinónimo de podredumbre. Balzac la encuentra en la nobleza, que carece de reacción en cuanto espíritu de cuerpo y permite que la burguesía ostente dos de las tres superioridades del orden social: la superioridad de pensamiento y la superioridad de fortuna.³ Galdós mira al gran número, al país, “un país sin ideales, que no siente el estímulo de las grandes cuestiones tocantes al bienestar y la gloria de la Nación”.⁴

Allí donde reinan el tedio, la mediocracia y la ignorancia no pueden surgir los diez mil héroes anónimos de que, según Balzac, precisaría la sociedad para salvarse. Y qué decir de los reyes. Ya no son los grandes hombres de la Historia. No en vano quien identificara grandeza de siglo y grandes monarcas en el poder, Víctor Hugo, señalaría al XIX como un momento de “desglorificación” radical de la soberanía.⁵ En el mejor de los casos, la corona es un poder híbrido que ha cedido, a su pesar, la marca de la superioridad a la Nación; en el peor, es el tocado de una desdichada maja de zarzuela.⁶ El significativo título de *España sin rey* es la expresión más patética de un pueblo descabezado.

Nadie sabía a quién volver su mirada; pero se creía más sencillo dar con ese *Uno* que vivificara el decrepito cuerpo social, que con una pluralidad de hombres existiendo para sí mismos. Esta idea, fomentada por la afirmación de la originalidad del yo propia de los románticos, cundió en los debates historiográficos e hizo del gran hombre el tópico dominante de las polémicas de las décadas de 1820 y 1860, años clave en la formación de Balzac (las lecciones de Guizot y Cousin en la Sorbona) y Galdós (el período de aprendizaje en Madrid, las lecturas del Ateneo, el primer contacto con la política). En el aire del momento se respiraba la cuestión de la influencia del individuo en la Historia. De hecho, la *voix du siècle*, ya sea en la versión del inspirado, ya sea en la del intelectual, no se conformaba con ser, él mismo, un hombre admirable; se preguntaba, como Louis Lambert,⁷ por la mejor forma que pueda tener el Estado y la sociedad. Con ese interrogante y con el convencimiento de contribuir a la felicidad de todos por medio de su obra, nuestros dos escritores se lanzaron a buscar “un hombre”, en una de las plazas públicas más concurridas de cuantas hayan existido: la comunidad imaginada que conformaban los lectores de novela del siglo XIX.

Ahí se apostaron con su lámpara, como Diógenes. Balzac, con la seguridad de quien persigue algo que ya conoce: Napoleón. Tal vez por eso, en el universo caleidoscópico que es *La Comedia Humana* sólo queda por inventar el hombre de Estado.⁸ Sabemos que de Marsay alcanzará el cargo de Presidente del Consejo; pero su creador nos contará sus triunfos en los salones del gran mundo, antes que sus actuaciones como *homme politique*. Michel Chrestien muere, como las ideas que no pasan de la potencia al acto, sin llegar a poner en marcha su República. Y Z. Marcas, el héroe de la ambición, no gobierna más allá de los límites de su mísera buhardilla parisina. Galdós sostiene su candil con menos firmeza, e intenta componer el concepto merced a la sucesión de personajes históricos que recorre los *Episodios*: Narváez, O'Donnell, Prim, Ruiz Zorrilla, Cánovas; fichas de un puzzle que, si se encajaban, acabarían formando la imagen “de un buen hombre de Estado a la altura de las circunstancias”.⁹ Uno se lamenta de la pérdida del ejemplo que encontró en la Historia; el otro intenta, con su escritura, convocar la anhelada aparición de aquel que concilie el deseo (y la necesidad) de un poder fuerte con el sentido de la evolución histórica. El gran hombre nunca vive en el presente: es un mito del pasado o una esperanza de futuro. Balzac y Galdós no pueden sino imaginar al hombre que venga a *realizar la Historia lógico-natural de los europeos de ambos lados de los Pirineos en el siglo XIX*. De éste, del lugar que, según los dos autores, ocupa en la Historia y de las tareas que le asignan trataremos en el presente trabajo.

El gran hombre: entre el mito y la Historia

El heroísmo es un principio interpretativo que comporta una determinada lectura de la Historia. Es decir, para que un héroe se afirme resulta imprescindible que su tiempo y el tiempo inmediatamente posterior se estructuren de tal modo que puedan acoger una concepción heroica de la existencia y perciban la ausencia del héroe como una falta absolutamente intolerable.¹⁰ Así, Balzac llegó a escribir que Napoleón era un poema comparable a Troya¹¹ y el mismo Galdós remontaba la fundación mítica de la moderna nación española a la gesta anti-napoleónica de 1808. Lamentablemente, dos hombres como Bonaparte no se repiten en un siglo. El héroe moderno, al decir de Saint-Just, “no tiene modelos”.¹² Es ejemplar porque es irrepetible. Esta paradoja teñirá la tipología heroica balzaciana, que no podrá escapar al componente mítico y hará vivir a sus grandes hombres (Balthazar Claës, Daniel d'Arthez, Z. Marcas, Louis Lambert) en el estricto terreno de lo imaginario. Napoleón aparece en *La Comedia Humana* porque, como dice Vautrin a Lucien de Rubempré, es “el último semi-dios de Francia”,¹³ no un gran hombre. Galdós, privado de la experiencia homérica en primera persona, elaborará su concepto de gran hombre con la intención de insertarlo sólidamente en la realidad histórica; aunque sólo lo conseguirá parcialmente, pues sus criaturas, recreadas o inventadas, transitan entre la Historia y el imaginario. Podríamos decir que su gran hombre no es más que un hombre que demuestra poseer la que Maquiavelo consideraba cualidad política por excelencia: el coraje.¹⁴ Las concesiones galdosianas (en Balzac hallamos la elevación exponencial de todas ellas) a la mitología heroica tienen que ver con la elaboración de una especie de fisiología de la *grandeur*, como evidencian las abundantes descripciones de rasgos físicos en los que se pretende detectar la excepcionalidad del personaje en cuestión;¹⁵ o con la creencia en la existencia de un *fatum* que hace de la contingencia providencia tanto en el ascenso como en la caída del gran hombre.¹⁶

Del diferente peso que el componente mítico tiene en la elaboración del concepto de cada uno de los novelistas da razón la distancia histórica que separa a ambos. Balzac es un

gran hombre teorizando sobre los grandes hombres. No podemos olvidar que el autor francés pretendía acometer en el orden del espíritu lo que Napoleón había alcanzado con su *Grande Armée* en el orden de la realidad. El menos romántico de los románticos, pero romántico al fin, escribe sobre el gran hombre como prolongación del yo. Comparte con Carlyle¹⁷ la idea de que el ungido es tal, no sólo por la misión que ha de cumplir; sino también por la vida que lleva. Empeñado, como los titanes, en una obra destinada al fracaso; y, si condenado a la oscuridad por la soledad en la que le mantiene su grandeza, siempre con la vocación de alcanzar la luz de la esfera pública. ¿Acaso no corre esa suerte Martín Muriel, el audaz? Desde la perspectiva heroica, la más balzaciana de las criaturas de Galdós. Errores de juventud aparte, don Benito construye su gran hombre libre de delirios prometeicos, como *un otro*.

Bien es verdad que, en los dos casos, el elemento mítico se superpone al material histórico de que dispone el escritor y acaban confluyendo en el gran hombre diferentes sistemas de imágenes o de representaciones, que terminan por convertirlo en el depositario de las esperanzas colectivas.¹⁸ La posición solitaria del gran hombre no es incompatible con la afirmación de la existencia de una relación entre individuo y sociedad, que impide apreciar la grandeza individual fuera de la realización de un movimiento colectivo. Es más, la pregunta por la fuerza que está en el origen de los acontecimientos históricos es la clave de todo el debate historiográfico del siglo XIX. Los historiadores respondieron apelando; bien al uno, bien al gran número. Si se insistía en una formulación en singular de la Historia (y aquí Carlyle se quedó prácticamente solo), el gran hombre emergía como potencia; si se prefería la formulación en plural (podemos incluir los nombres de Comte, Guizot, Barante, Cousin o Michelet), el gran hombre se presentaba como síntesis y símbolo de su época. Hemos de decir que tanto Balzac como Galdós oscilan, con distinta intensidad, entre uno y otro extremo en su definición del papel que ha de desempeñar el gran hombre en el devenir histórico.

Prisioneros de la eminente posición que el escritor ha alcanzado en el siglo, nuestros autores se dejan seducir por la idea de narrar los hechos de la inagotable serie de guías que conducen a los pueblos hacia la realización de un fin concreto (sea éste el triunfo del espíritu, la perfección, el progreso, la libertad o la gloria de la nación). “La transformación de las cosas que entorpecen la marcha de la humanidad —sostiene Balzac— es un trabajo esencial”.¹⁹ Para el novelista francés, el gran hombre ha de asumir esa tarea, manifestándose como un gran caudal de energía que puede actuar en la destrucción y en la construcción.²⁰ El primer hombre —explica el doctor Benassis— prepara la obra; el segundo la culmina. “El primero aparece como el genio del mal y el segundo parece ser el genio del bien; a uno la gloria, al otro el olvido”.²¹ Desde esta perspectiva, el individuo singular se convierte en la providencia del acontecimiento.²² La necesidad histórica que rige los sucesos humanos es radicalmente ajena a toda idea de divinidad. Ya no se puede explicar la Historia sin recurrir a los conceptos de *azar* y de *genio*. El azar crea la situación y el genio aniquila lo existente por medio del gobierno del terror (la San Bartolomé de Catalina de Médicis, el 93 de Robespierre), o mezcla los elementos de la realidad para crear algo completamente nuevo. Todo gran hombre es un artista y si el autor de *La Comedia Humana* admira tanto a Luis XI o a Napoleón es porque acertaron a combinar en un sistema coherente las fuerzas que tenían que dirigir.

En Galdós, el encargado de poner en marcha a la Humanidad es menos formidable. Es preciso tener en cuenta que el autor de los *Episodios Nacionales* comienza su carrera

literaria después de que Tolstoi²³ haya liquidado la teoría heroica de la Historia en su célebre epílogo a *Guerra y Paz*. Si la verdadera Historia está en la base, “en el vivir lento y casi siempre doloroso de la sociedad, en lo que hacen todos y en lo que hace cada uno”,²⁴ la potencia no puede ser más que una suerte de agente de aceleración histórica, un modesto vicario de “Dios” o del “Cielo”,²⁵ encargado de ayudar a la nación en su dolorosa senda. En este sentido hemos de entender al regenerador francés de los Decretos de 1808 que aparece en *Napoleón, en Chamartín*²⁶ o al Ruiz Zorrilla del episodio *Amadeo I*. A lo sumo, el gran hombre puede ser activador del cambio histórico; pero es incapaz de decidir por sí mismo el curso de los acontecimientos.

Galdós participa más del concepto cousiniano de héroe recapitulativo,²⁷ verdadera conjunción de particularidad y generalidad; la gran figura que resume una época. “Solemos designar las cosas históricas, o con el mote de su propia síntesis psicológica o con la divisa de su abolengo; esto es, el nombre de quien trajo el estado social que a tales personas y cosas dio fisonomía y color. Fue O’Donnell una época, como lo fueron antes y después Espartero y Prim, y como éstos, sus ideas crearon diversos hechos públicos y sus actos engendraron infinidad de manifestaciones particulares que, amasadas y conglomeradas, adquieren en la sucesión de los días carácter de unidad histórica”.²⁸

El hombre representativo balzaciano no es tanto el resumen de un período determinado cuanto la manifestación cambiante que adoptan las constantes históricas que rigen el devenir humano. La ley que preside la Historia francesa es un eterno antagonismo, un combate que opone a francos y galos, rey y barones, absolutismo y progreso, Revolución y Restauración. Esta es la ley oculta del progreso, que se realiza progresivamente a cada fase de este combate. El historiador utiliza los nombres ilustres para alcanzar su verdadero objetivo: la representación de una época. Catalina de Médicis, Coligny, Napoleón o Metternich son “el pensamiento humano mismo, provisto de las diferentes potencias que le proporcionan los acontecimientos de su época, concretadas por su genio”.²⁹

La venida del salvador

La doble consideración del gran hombre como síntesis y como potencia se prolonga en un segundo eje de análisis que se articularía en torno a dos polos: el pensamiento y la acción. En palabras de Michelet, el gran hombre reuniría lo que podríamos “llamar los dos sexos del espíritu, el instinto de los simples y la reflexión de los sabios”.³⁰ Éste extremo del eje se encontraría más próximo a la concepción de las Luces, que valoraba, ante todo, la dimensión civilizadora del gran hombre. La fascinación romántica por los individuos extraordinarios y por los modelos de energía inclinó la balanza por el lado de la acción, sin que ello supusiera un sacrificio del rol que el pensamiento había de jugar. A la luz de este difícil equilibrio han de interpretarse las palabras que escribiera Balzac en un artículo titulado *Sur les ouvriers*: “He dicho y pienso que los hombres habituados a manejar las ideas, a resumirlas, a estudiarlas, son precisamente aquellos entre los que se encontrarán los grandes políticos modernos”.³¹ En el último tercio de la centuria, en el contexto de crisis de conciencia de las *razas latinas*, se quebraba la tensión a favor del movimiento. Galdós participaba del clima del momento y, con Altamira y Costa, reclamaba como necesarias en el gran hombre las virtudes propias del caudillo militar: las entrañas, el empuje, el arranque, la acometividad.³²

La efectiva existencia de un personaje como Napoleón, más allá de las reelaboraciones del mito, hacía albergar esperanzas sobre la nueva venida de “un hombre” en el que se reconocieran los cuatro arquetipos del salvador: Cincinato (o la prudencia), Alejandro (o la energía), Solón (o la sabiduría) y Moisés (o la clarividencia). Por supuesto, no bastaba con que esa figura respondiera a las exigencias del imaginario colectivo, debía colocarse en el lugar donde confluyen todos los niveles de realidad: la cabeza del Estado. Ése es el desafío que Proteo Liviano plantea a Ruiz Zorrilla: “Don Manuel de mi alma: o sois el salvador de España, o quedaréis perdido en el montón gregario, donde se os pondrá un cencerro y pastaréis tranquilamente en el Presupuesto”.³³

El verdadero hombre de Estado jamás se confundirá con el político, miembro de una clase que sólo puede brillar en el momento de máxima exposición, la Revolución, cuando puede ser un Mirabeau o un Argüelles, un padre de la Patria que construye la nación con su palabra y sus ideas; o puede aparecer siniestro y magnífico, intuyendo el sentido profundo de los acontecimientos, como un Talleyrand o un Fouché.³⁴ En los *tiempos bobos*, la oratoria no pasa de ser “endecha tribunicia”³⁵ y la astucia se torna gesto vulgar de pésimo comediante.³⁶

Balzac y Galdós postulan el “magnífico gobierno de uno solo”³⁷ como solución política a los males de su siglo, como único freno posible al imparable reinado de la Administración, otro de los síntomas de la descomposición de la sociedad de su tiempo. El novelista francés deja bien claro que comprende el nuevo contexto: “Subordinando toda cosa y todo hombre a su voluntad, Napoleón había retardado por un momento la influencia de la burocracia”.³⁸ El individuo excepcional se opone, por naturaleza, a toda despersonalización del poder, al hecho mismo del Estado. Bajo su reinado, el menor engranaje del aparato estatal está animado directamente por su genio personal: “El lector no puede figurarse —escribe Balzac— el celo que una palabra del emperador imprimía a su máquina política o administrativa. Esto es incomprendible bajo un gobierno constitucional, en el que nadie se interesa por una cosa pública ciega y muda, ingrata y fría”.³⁹ *Le Petit Caporal* estaba en todas partes, era quien, como confesaba Gabriel Araceli, “a los grandes y a los pequeños extendía el influjo de su invasora voluntad”.⁴⁰

La concentración del poder, en opinión de Balzac, es el principio fundamental de todo gobierno.⁴¹ El genio ha de imponer a la sociedad su voluntad, por arriba o por abajo. Cesarismo o revolución, ésa parece ser la alternativa extrema que defiende el escritor francés. “Si el bienestar de las masas es el pensamiento íntimo de la política, el absolutismo o la más grande suma de poder posible, llámese como se quiera, es el mejor medio al objeto de alcanzar ese gran fin de sociabilidad”.⁴² En este aserto cabe encontrar, a juicio de Ernst Curtius,⁴³ el núcleo central del pensamiento político del autor de *La Comedia Humana* y, sólo desde aquí, se pueden comprender sus elogios a figuras tan dispares como Catalina de Médicis y Robespierre.

Sin menospreciar la tardía conversión al socialismo, entiendo que Galdós siempre hizo gala de corazón templado; así que no podía ser ni tan radical ni tan coherente como Balzac, que escribía desde los márgenes del sistema. Tampoco se puede extraer de una lectura de los *Episodios* una acabada teoría del poder. El escritor canario se sirve de un concepto intuitivo de la idea de *energía* para referirse a la cualidad esencial del líder, sea cual sea su filiación política. Sólo así se explica que aplauda en el terrible Cabrera⁴⁴ la grandeza que Balzac hallara en el Incorruptible.

Para nuestros autores, el estadista no puede tener otra pasión que la del poder. La gran diferencia estriba en que, mientras las grandes figuras balzacianas se administran a la perfección en la dicotomía esencial que existe entre la *potentia* (lo que el hombre de Estado es capaz de hacer) y la *potestas* (lo que le está permitido hacer); los personajes históricos galdosianos se arredran ante las implicaciones últimas que entraña la distinción maquiaveliana entre moral y política. El de más alto vuelo, Prim, recorre varios *Episodios* de una tentativa de pronunciamiento a otra;⁴⁵ pero cuando llega el momento decisivo “no acaba de rematar”: “Hay entre los políticos actuales alguno o algunos que me dicen: “Prim, no se devane los sesos buscando rey, y pues usted conduce el carro, llévelo por el camino llano y hágase rey de derecho; que de hecho ya lo es...” Oigo estas cosas, y..., como digo..., no me quemo, antes bien, enfrió el agua al meter en ella mis dedos... ¿Qué quieren? ¿Que haga yo el Iturbide, o el tiranuelo de otra república americana? No he nacido para eso”.⁴⁶ Hay que adentrarse en el imaginario para encontrar en Martín Muriel al español que ose acabar con el mal valido, expulsar a los Borbones de España, proclamar la soberanía popular y hacer de una Junta revolucionaria el gobierno de la nación. Sin embargo, la audacia de la criatura novelesca parece provocar vértigo a su creador, pues éste le hace fracasar en su empresa y, más tarde, lo condena a la locura.⁴⁷

El mefistofélico Vautrin hubiera enmendado a Galdós diciéndole “es necesario atreverse a todo para tener todo”.⁴⁸ El crimen, la traición, la violencia, la conspiración, los resortes ocultos (la alquimia de Catalina de Médicis o el grupo de los *Trece* que apoya a de Marsay) son instrumentos al servicio de un poder que se legitima en su ejercicio, en su eficacia histórica. Un 18 de Brumario está justificado siempre que se salve a la patria. Después de treinta años de Restauración, quien execrara de la *terribilitá* napoleónica⁴⁹ en su juventud se entrega a la esperanza de que rompa en la Historia de España uno de esos “monstruos” balzacianos: “Sí, hacía falta un bárbaro que creara otro mundo hispano... Hacía falta un mudo, que hablara con los hechos y con la piqueta, demoliendo los viejos muros sin pedir permiso a las letras de molde; un mudo, sí, que entendiera de cirugía política y supiera leer lo escrito con caracteres de fuego en el alma de la Nación”.⁵⁰

La tarea del estadista

La verdad histórica no está en los acontecimientos, sino en la definición del sentido de la Historia. El realismo político impone, en primer lugar, el establecimiento de un pacto con el propio tiempo. Ése es, precisamente, el punto de partida del estadista. El gran hombre ha de conocer perfectamente su época, estar dotado de una “maravillosa capacidad para descubrir las relaciones últimas entre los hechos presentes y futuros”.⁵¹ Debe analizar no sólo las principales corrientes que determinan las causas de los acontecimientos, sino también las circunstancias, las pasiones y las ideas que contribuyen a tejer la urdimbre general introduciendo una pluralidad de pequeñas causas.⁵² El que pretenda dirigir los destinos de Francia, nos dice Balzac, ha de asumir el carácter irreversible de las conquistas del “89”. Así, Luis XVIII hubiera salvado a su propia Casa de haber sido el continuador de Robespierre, salvo por lo que se refiere al cadalso.⁵³ En España, Galdós se lamenta de que los grandes hombres confundan los tiempos y se equivoquen por mirar demasiado al futuro: “¡La abolición de los privilegios, la negación del derecho divino, la soberanía nacional, los derechos del hombre! He aquí los grandes problemas planteados en aquellos días. El que conozca la sociedad de entonces disculpará la exageración. Fuerza es que se la disculpemos al joven Muriel (...) La felicidad en las naciones, como en los individuos, nunca es innovadora”.⁵⁴

El segundo precepto de este curso de maquiavelismo vulgarizado ordena la re-sincronización del sistema social y el sistema político, re-sincronización que ha de ser doble en el caso español; pues si España no se incorpora a la marcha del siglo, “no se puede decir que vivimos en Europa”.⁵⁵ Una vez más, las diferencias son muy notables a ambos lados de los Pirineos. El Emperador mostró a Balzac y a sus contemporáneos el camino a seguir: acabar la Revolución, inscribir sus efectos en la durabilidad, reabsorber las fuerzas liberadas por los trastornos políticos al objeto de crear un sistema. De esta forma, la intervención del gran hombre se caracteriza por la transformación de lo existente y por la reconstrucción de un nuevo orden: “Organizar (...) es una palabra del Imperio que contiene a Napoleón por entero”.⁵⁶ Para el autor francés, el estadista no es el instrumento del progreso indefinido de la nación que gobierna, sino el que conserva el equilibrio de la sociedad.

La historia española ofrecía un contraste magnífico. El ansiado equilibrio es siempre, como reconoce a Proteo Liviano el Cánovas galdosiano, un artificio de transición “para que la pobre España viva mansamente hasta que lleguen días propicios”.⁵⁷ Honrosa excepción la de Ruiz Zorrilla, el único que opone al aplazamiento, al “*ya se verá*”, “la reforma inmediata, radical, concluyente... Libertad de cultos, enseñanza totalmente laica, derechos inalienables, imprescriptibles; igualdad social, reparto equitativo del bienestar humano...”⁵⁸ La falta del ilustre burgalés estribaba en no disponer de una espada con la que imponer *su código*. ¿Y el elemento militar? Sin más victoria que la del debilitamiento de las instituciones civiles⁵⁹ y perdido en el laberinto de su naturaleza anfibia: ágil en las tumultuosas aguas de la acción guerrera y torpe en la tranquilidad terrestre de la vida civil.⁶⁰

“Todos en aquella especie o familia zoológica eran lo mismo: los militares, muy valientes; los paisanos, muy retóricos (...) y cuando era llegada la ocasión de hacer algo de provecho, todos resultaban fallidos”.⁶¹ Fallida se había demostrado la Unión Liberal de O'Donnell, monumento hispano al eclecticismo, que no había hecho más que cerrar en falso, con su “aire de flexibilidad”,⁶² la grave fractura ideológica que assolaba España. Para hallar el mágico momento en el que “las miserias de los partidos (...) no (...) debilitaban el formidable empuje de la nación”⁶³ había que retrotraerse a la Guerra de la Independencia, espejo bélico que podía nutrir de elementos a la mitología nacionalista; mas, en ningún caso, serviría de modelo político a la pacífica Restauración. La paz y el orden quedaban para la Historia que soñaba Confucio; claro que el cumplimiento de ese programa no resultaba sencillo, pues eran necesarios un rey prudente que reconciliara el bando liberal y un rey muerto (con toda su prole) que apagara la mecha que prendía la guerra civil”.⁶⁴ A falta de reyes, bueno era un bárbaro⁶⁵ que pusiera fin a ese estupendo alboroto, a esa academia del desorden que era el XIX español.

Balzac comparte la obsesión galdosiana por la unidad. La nación es un todo coherente, su unidad es la condición misma de su pervivencia. Trascendiendo toda pertenencia ideológica, el escritor clama por un hombre de Estado que luche por la única causa que merece la pena: la unidad del poder y de la nación. El escritor francés no se conforma con un catalizador social a lo Guizot (una figura que, a buen seguro, hubiera colmado las aspiraciones de don Benito), un organizador que fuera capaz de rescatar a la política del dominio de las pasiones, con el propósito de crear un gobierno representativo estable, garante de las libertades y fundado en la Razón.⁶⁶ Para Balzac, la nación es unánime, o no es. Desde esta perspectiva ha de interpretarse la declaración hecha por la princesa de

Cadignan: “La monarquía y la república son las dos únicas formas de gobierno que no ahogan los buenos sentimientos”.⁶⁷ Es decir, sólo una ideología intolerante en su principio (derecho divino o nación) puede satisfacer la pasión de la unidad. Así se comprende que Catalina de Médicis encuentre en Robespierre a su verdadero sucesor y que el legitimista d’Arthez admire a su amigo republicano, Michel Chrestien, quien desarrolla su vida política en el periódico federalista de Léon Giraud y muere en estadista, sin haber cedido a la tentación de los partidos.⁶⁸

En Balzac, como en Galdós, el principio de unidad está unido, de manera indefectible, al principio del orden. De esta forma podemos entender que un partidario de la Reacción como él condene los excesos de la “chuanería” en *Les Chouans* y en *L’Envers de l’histoire contemporaine* y entienda la necesidad del “93”, pues el terror es un sistema de gobierno común a todas las formas de poder. En definitiva, unidad y orden son las condiciones fundamentales para la restauración del equilibrio en una sociedad “revolucionada”.

La victoria del tiempo

Balzac concluye su artículo *Sur les ouvriers* afirmando que “se ha mostrado hasta la evidencia la imposibilidad del poder en Francia en las condiciones actuales”.⁶⁹ La leyenda napoleónica no perturbaba su realismo político hasta el punto de permanecer ciego a la irrupción de la masa en la Historia. Prueba de ello es el discurso que, con ironía si se quiere, pone en boca del aprendiz de Tartufo, Théodose de la Peyrade: “Cuando el pueblo permitió que Napoleón se elevase creó con él algo espléndido y monumental; estaba orgulloso de su grandeza y dio su sangre y sus sudores para construir el edificio del imperio, sin regatear esfuerzos. Entre las magnificencias del trono aristocrático y las de la púrpura imperial, entre los grandes del pueblo, la burguesía es mezquina, envilece el poder, haciéndole descender hasta ella en vez de elevarse hasta él”.⁷⁰ La fecha de este texto, 1844, es verdaderamente reveladora. Desde el comienzo de la década, el creador de *La Comedia Humana* intuye que la amenaza de los bárbaros se materializará muy pronto, pues las masas ya no se contentan con la “felicidad toda hecha” del doctor Benassis.⁷¹

Galdós, sin llegar a la indistinción hugoliana entre genio y pueblo,⁷² reconoce con menos dolor el gran diálogo de la política de los márgenes: “Pasan años y más años; las revoluciones se suceden, hechas en comandita por los grandes hombres y por el vulgo, sin que todo lo demás que existe en medio de estas dos extremidades se tome el trabajo de hacer sentir su existencia”.⁷³ La intervención del pueblo ya no se agota en la noción de *culto al héroe*, en la devoción sin espíritu crítico ni conciencia clara de las metas a alcanzar. Su lucha por la independencia le había hecho digno detentador de la soberanía. En la mitología liberal (cosa muy distinta era la política efectiva), el gran hombre pasaba a ser un mediador, una suerte de dios tutelar que conducía al gran número hacia la edad adulta. A través de sus grandes nombres, las masas asimilaban conceptos abstractos: “Las llamaradas capitales, *Prim*, *Libertad*, se subdividían en ilusiones y esperanzas de variados matices: *Prim* y *Libertad* serían muy pronto *Paz*, *Ilustración*, *Progreso*, *Riqueza*”.⁷⁴ La propagación de estas ideas removería, definitivamente, los cimientos de las paternidades simbólicas.

El mesianismo bonapartista, el fervor casi religioso que las clases bajas madrileñas sentían por Espartero⁷⁵ o el sentimiento de orfandad que cundió tras la muerte de Prim⁷⁶ eran los últimos signos del heroísmo en decadencia. “Lejos de buscar hombres fuertes

—escribe Balzac al final de su vida—, el sistema actual tiende a combatirlos, a perseguirlos”.⁷⁷ El gran hombre ya no se asimila con el sistema de referencias plutarquiano, sino con el modelo de Cristo abandonado.⁷⁸ El genio adivina todo, excepto su caída. Su obra está llamada al fracaso frente a los mecanismos potentes del proceso histórico. Primero es vencido “por la cobardía traicionera y enmascarada”.⁷⁹ A Michel Chrestien la mismísima muerte le impide cambiar la faz del mundo.⁸⁰ La jaula del loco es el triste final del *Audaz*. El doctor Benassis, después del Emperador, el mayor organizador de *La Comedia Humana*, permanece en un valle; alejado de la ciudad, es decir, del espacio en el que se perpetúan las palabras y las acciones de los hombres. Z. Marcas atraviesa la puerta del olvido, derrotado por el “disgusto continuo de ver a un estúpido condecorado con la Legión de Honor, a un vulgar empleado preferido a un hombre de talento”.⁸¹ Cuando alguien ha llegado a ser todo, no hay modo de encontrar sucesor,⁸² como prueba el trágico destino del Rey de Roma. Y, aunque resucite durante cien días, de un lugar como Santa Helena no se regresa. Una burla en piedra parece la célebre leyenda del frontispicio de la antigua Iglesia de Saint-Geneviève: *Aux Grands Hommes, la Patrie Reconnaissante!*

NOTAS

- ¹ Este trabajo ha sido realizado en el marco de un proyecto de investigación financiado por una Beca de tipo doctoral de la Fundación Caja Madrid.
- ² Balzac, H. (1983), «Louis Lambert », *La Comédie Humaine*, XI, Pléiade, Gallimard, Paris, p. 649. Todos los textos franceses han sido traducidos por la autora.
- ³ Así, escribe Balzac: “Cada familia arruinada por la Revolución, arruinada por el igual reparto de los bienes, no pensó más que en ella, en lugar de pensar en la gran familia aristocrática; les parecía que si todas se enriquecían, el partido sería fuerte. Error”. En Balzac, H., (1977), “La Duchesse de Langeais”, *La Comédie Humaine*, V, Pléiade, Gallimard, Paris, p. 929.
- ⁴ Pérez Galdós, B., (1996), “Cánovas”, *Episodios Nacionales*, V, Ediciones Aguilar, Madrid, p. 619.
- ⁵ Cfr. Laurent, F., (1998), «La question du grand homme dans l’œuvre de Victor Hugo », *Romantisme. Revue du dix-neuvième siècle*, 100, p. 79.
- ⁶ Esa es la imagen predominante que de Isabel II ofrece Galdós a lo largo de los *Episodios*, especialmente (desde el propio título), en *La de los Tristes destinos*.
- ⁷ Las reflexiones sobre el tema las podemos encontrar en las célebres cartas que Louis Lambert escribe a su tío. Cfr. Balzac, H., (1977), “Louis Lambert”, *op. cit.*, pp. 646 y ss.
- ⁸ Discrepamos en este punto con F. Marceau, para quien la ausencia se debería a una tensión insostenible entre el plano histórico y el plano novelesco. Cfr. Marceau, F., (1986), *Balzac et son monde*, Tel Gallimard, Paris, p. 545.
- ⁹ Pérez Galdós, B., (1996), “Trafalgar”, *Episodios Nacionales*, I, Editorial Aguilar, Madrid, p. 204.
- ¹⁰ Migliorini, L., (2002), *Le mythe du héros. France et Italie après la chute de Napoléon*, Nouveau Monde Éditions/Fondation Napoléon, Paris, p. 15.
- ¹¹ Balzac, H., (1977), «Histoire de la grandeur et de la décadence de César Birotteau », *La Comédie Humaine*, VI, Gallimard, Pléiade, Paris, p. 81.
- ¹² Saint-Just, A., (2004), «Rapport sur la police générale », *Œuvres Complètes*, Folio, Gallimard, Paris, p. 763.
- ¹³ Balzac, H., (1977), “Illusions Perdues”, *La Comédie Humaine*, V, Pléiade, Gallimard, Paris, p. 698.
- ¹⁴ En este mismo y sobrio sentido entiende H. Arendt el heroísmo. Cfr. Abensour, M., (2001), “Hannah Arendt contre le philosophie politique?”, en Tassin, E., (dir), *Hannah Arendt. L’humaine condition*, L’Harmattan, Paris, p. 41.
- ¹⁵ Por ejemplo, la descripción que don Benito hace de uno de los grandes héroes de la Guerra de la Independencia, Lord Wellington. Cfr. Pérez Galdós, B., (1995), “La batalla de los Arapiles”, *Episodios Nacionales*, II, Ediciones Aguilar, Madrid, pp. 37-38. En todo caso, fue Balzac quien hizo del tema de las correspondencias entre ciertas morfologías físicas y el genio una de sus grandes obsesiones, como prueban sus habituales referencias a las teorías de Gall. Cfr. Evans, H., (1951), *Louis Lambert et la philosophie de Balzac*, Librairie José Cortí, Paris, pp. 140 y ss.
- ¹⁶ En la línea de la *desglorificación* de los poderosos de la que hablamos con anterioridad, Tolstoi busca en “una cantidad innumerable de azares” el por qué de la meteórica irrupción de Napoleón en la Historia. Cfr. Tolstoi, L., (1979), “Épilogue”, *La Guerre et la Paix*, Pléiade, Gallimard, Paris, p. 1491. Balzac y Galdós no se cansan de buscar signos en cielo, pues el primero no duda en llamar a Napoleón “el hombre del destino” (Balzac, H., (1977), “Une ténébreuse affaire”, *La Comédie Humaine*, VIII, Pléiade, Gallimard, Paris, p. 681) y el segundo pone en boca de Segismundo García

Fajardo la siguiente reflexión, tras conocer la noticia de la muerte del Conde de Reus: “La bravura temeraria salva en unos casos a los hombres, y en otros les pierde. La hombrada de los Castillejos dio a Prim fama, gloria (...) Los hombres se endiosan por el éxito, y en el delirio de su soberbia llegan a desconocer que si en largos días no les vence la legión de enemigos encubiertos, en cinco minutos puede vencerles y aniquilarles la cobardía traicionera y enmascarada”. En Pérez Galdós, B., (1995), “España trágica”, *Episodios Nacionales*, V, Ediciones Aguilar, Madrid, p. 229.

- ¹⁷ Montégut, É., (1850), “Littérature américaine. Du culte des héros. Carlyle et Émerson », *Revue des deux mondes*, II, p. 733.
- ¹⁸ Girardet, R., (1986), *Mythes et mythologies politiques*, Éditions du Seuil, Paris, p. 73.
- ¹⁹ Balzac, H., Reseña de *L'Histoire du pape Alexandre VI et de César Borgia*, de E., Masse, artículo aparecido en *Le Feuilleton des Journaux Politiques*, cit en Curtius (1999), *Balzac*, Éditions des Syrtes, Paris, p. 207.
- ²⁰ Balzac participaba, con Saint-Simon y los doctrinarios, de la idea de una Historia en la que se suceden los períodos críticos y períodos orgánicos. Sólo así se podía legitimar históricamente la Revolución, al tiempo que se justificaba la necesidad de su culminación con la estabilidad del nuevo orden. Cfr. Rosanvallon, P., (1985), *Le moment Guizot*, Gallimard, Paris, p. 83.
- ²¹ Balzac, H., (1978), “Le médecin de campagne”, *La Comédie Humaine*, IX, Pléiade, Gallimard, Paris, p. 430.
- ²² Balzac, H., (1996), «Enquête sur la politique des deux ministères », *Œuvres Diverses*, II, Pléiade, Gallimard, Paris, p. 984.
- ²³ Ver nota 15.
- ²⁴ Pérez Galdós, B., (1995), “El equipaje del Rey José”, *Episodios Nacionales*, II, Ediciones Aguilar, Madrid, p. 163.
- ²⁵ Para esta idea intuitiva de la Providencia ver Hinterhäuser, H., (1963), *Los Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós, Editorial Gredos, Madrid, p. 120.
- ²⁶ Cfr. Pérez Galdós, B., (1995), «Napoleón, en Chamartín », *Episodios Nacionales*, I, Ediciones Aguilar, Madrid, pp. 628 y ss.
- ²⁷ Cousin, V., (2002), “Introduction à l’histoire de la philosophie” (1828), en VVAA., *Philosophie des sciences historiques. Le moment romantique*, Éditions du Seuil, Paris, p. 261.
- ²⁸ Pérez Galdós, B., (1995), “O'Donnell”, *Episodios Nacionales*, IV, Ediciones Aguilar, Madrid, p. 441.
- ²⁹ Balzac, H., (1996), “Sur la situation du parti royaliste”, *Œuvres Diverses*, II, p. 1049.
- ³⁰ Michelet, J., (1974), *Le peuple*, Garnier-Flammarion, Paris, p. 32.
- ³¹ Balzac, H., (1940), “Sur les ouvriers”, *Oeuvres Diverses*, III (1836-1848), Louis Conard, Librairie Éditeur, Paris, p. 412.
- ³² Cfr. Altamira, R., (1997), *Psicología del pueblo español*, Biblioteca Nueva, Madrid, p. 158. Más radical que los propios regeneracionistas, Galdós rinde tributo a una figura tan excesiva como la de Pizarro. Cfr. Pérez Galdós, B., (1995), Amadeo I, *Episodios Nacionales*, V, Ediciones Aguilar, Madrid, p. 279.
- ³³ Pérez Galdós, B., (1995), “Amadeo I”, *op. cit.*, p. 266.

- ³⁴ Balzac llega a reconocer, ¡cosa increíble!, a Fouché un poder sobre las personas superior al de Bonaparte. *Cfr.* Balzac, H., (1977), “Une ténébreuse affaire”, *op. cit.*, p. 552.
- ³⁵ Pérez Galdós, B., (1995), “Cánovas”, *op. cit.*, p. 574.
- ³⁶ Galdós elogia irónicamente las artes interpretativas de maese Cánovas: “Heroico remedio fue para la turbada política el mutis de don Antonio, mejor dicho, medio mutis, como los que en las acotaciones de las comedias se designan con la siguiente fórmula: *hace que se va y se queda*”. *Ibidem*, p. 573.
- ³⁷ Balzac, H., (1977), “Les secrets de la Princesse de Cadignan”, *La Comédie Humaine*, VI, Pléiade, Gallimard, Paris.
- ³⁸ Balzac, H., (1977), “Les Employés”, *La Comédie Humaine*, VII, Pléiade, Gallimard, Paris, p. 907.
- ³⁹ Balzac, H., (1977), “Une ténébreuse affaire”, *op. cit.*, p. 639.
- ⁴⁰ Pérez Galdós, B., (1995), “Napoleón, en Chamartín”, *op. cit.*, p. 589.
- ⁴¹ Balzac, H., (1977), “Le médecin de campagne”, *op. cit.*, p. 512.
- ⁴² Balzac, H., (1960), “Lettre à Zulma Carraud (Novembre 1830)”, *Correspondance*, I, Classiques Garnier, Paris, p. 473.
- ⁴³ Curtius, E., (1999), *op. cit.*, p. 266.
- ⁴⁴ Pérez Galdós, B., (1995), “La campaña del Maestrazgo”, *Episodios Nacionales*, III, Ediciones Aguilar, Madrid, p. 537.
- ⁴⁵ Pérez Galdós, B., (1995), “La de los tristes destinos”, *op. cit.*, pp. 1078 y ss. y “Prim”, *op. cit.*, p. 918.
- ⁴⁶ Pérez Galdós, B., (1995), “España trágica”, *op. cit.*, p. 171.
- ⁴⁷ Pérez Galdós, B., (1993), « El audaz », *Novelas I*, Biblioteca Castro, Turner, Madrid, pp. 809 y 850.
- ⁴⁸ Balzac, H., (1977), “Illusions Perdues”, *op. cit.*, p. 702.
- ⁴⁹ Nos referimos, entre otros, al alegato de Gabriel Araceli contra Napoleón en *Gerona*. *Cfr.* Pérez Galdós, B., (1995), “Gerona”, *Episodios Nacionales*, I, Ediciones Aguilar, Madrid.
- ⁵⁰ Pérez Galdós, B., (1995), Amadeo I, *op. cit.*, p. 279.
- ⁵¹ Balzac, H., (1977), «Z. Marcas», *op. cit.*, p. 833.
- ⁵² Balzac, H., (1977), *Les Paysans*, *La Comédie Humaine*, IX, Pléiade, Gallimard, Paris, p. 190.
- ⁵³ Balzac, H., (1996), “Du gouvernement moderne”, *Oeuvres Diverses*, II, Pléiade, Gallimard, Paris, p. 1079.
- ⁵⁴ Pérez Galdós, B., (1993), “El audaz”, *op. cit.*, p. 481.
- ⁵⁵ *Ibidem*, p. 735.
- ⁵⁶ Balzac, H., (1977), “Autre étude de femme”, *La Comédie Humaine*, III, Pléiade, Gallimard, París, p. 692.
- ⁵⁷ Pérez Galdós, B., (1995), “Cánovas”, *op. cit.*, p. 596.

- ⁵⁸ Pérez Galdós, B., (1995), "Amadeo I", *op. cit.*, pp. 273-4.
- ⁵⁹ Cruz Martínez, R., (1992-3), "La lógica de la guerra. Ejército, Estado y Revolución en la España contemporánea", *Studia Historica*, Vol X-XI, p. 208.
- ⁶⁰ Ésta es la caracterización de Serrano, Narváez y Espartero en el episodio *O'Donnell*. Cfr. Pérez Galdós, B., (1995), "O'Donnell", *op. cit.*, p. 473.
- ⁶¹ *Ibidem*.
- ⁶² *Ibidem*, p. 517.
- ⁶³ Pérez Galdós, B., (1995), "Gerona", *op. cit.*, p. 754.
- ⁶⁴ Pérez Galdós, B., (1995), "La de los tristes destinos", *op. cit.*, p. 1014.
- ⁶⁵ Pérez Galdós, B., (1995), "Amadeo I", *op. cit.*, p. 279.
- ⁶⁶ Rosanvallon, P., (1985), *op. cit.*, p. 20.
- ⁶⁷ Balzac, H., (1977), "Les secrets de la princesse de Cadignan", *op. cit.*, p. 970.
- ⁶⁸ *Ibidem*, p. 971.
- ⁶⁹ Balzac, H., (1940), "Sur les ouvriers", *op. cit.*, p. 412.
- ⁷⁰ Balzac, H., (1977), "Le petits bourgeois", *La Comédie Humaine*, VIII, Gallimard, Pléiade, p. 57.
- ⁷¹ Balzac, H., (1977), «Le médecin de campagne», *op. cit.*, p. 510.
- ⁷² Cfr. Hugo, V., (1985), "William Shakespeare", *Critique, Oeuvres complètes*, Éditions Robert Laffont, París, p. 397.
- ⁷³ Pérez Galdós, B., (1995), "El 19 de marzo y el 2 de mayo", *Episodios Nacionales*, I, Aguilar, Madrid, p. 397.
- ⁷⁴ Pérez Galdós, B., (1995), "Prim", *op. cit.*, p. 941.
- ⁷⁵ Pérez Galdós, B., (1995), "O'Donnell", *op. cit.*, pp. 448 y 472.
- ⁷⁶ Pérez Galdós, B., (1995), "España trágica", *op. cit.*, p. 221.
- ⁷⁷ Balzac, H., (1940), "Sur les ouvriers", *op. cit.*, p. 411.
- ⁷⁸ Balzac, H., (1996), "Des artistes", en "Articles publiés dans La Silhouette", *Œuvres Diverses*, II, Pléiade, Gallimard, Paris, p. 716.
- ⁷⁹ Pérez Galdós, B., (1995), "España trágica", *op. cit.*, p. 229.
- ⁸⁰ Balzac, H., (1977), "Illusions Perdues", *op. cit.*, p. 318.
- ⁸¹ Balzac, H., (1977), "Z. Marcas", *op. cit.*, p. 886.
- ⁸² Balzac, H., (1977), "Le député d'Arcis", *La Comédie Humaine*, VIII, Pléiade, Gallimard, Paris, pp. 810-811.